







## LAS TIENDAS DE COLOR CANELA

Al tiempo de los cortos, adormilados días de invierno, acorralados desde ambos lados por el ocaso esponjoso de las mañanas y tardes, cuando la ciudad se adentraba más y más profundo en el laberinto de las noches invernales y era sacudida a regañadientes hacia la conciencia por el alba breve, mi padre ya estaba perdido, entregado y rendido a la otra esfera.

Su rostro se tupió con una mata de pelo gris, salvaje y recalitrante, erizándose en mechones y espigas irregulares que brotaban de sus verrugas, de sus cejas y de sus narices, dándole el aspecto de un zorro viejo y malhumorado.

Su sentido del oído y del olfato se agudizaron extraordinariamente, y uno podía observar en la expresión de su rostro tenso y silencioso que, por intermedio de estos dos sentidos, permanecía en contacto permanente con el mundo oculto de las madrigueras, de los rincones oscuros, de los conductos de la chimenea y los espacios polvorientos debajo del suelo.

Era un observador atento y vigilante, un conspirador entrometido de los crujidos, los chirridos nocturnos, la vida secreta que reptaba en el subsuelo. Estaba tan absorto en ello que se sumergió por completo en una esfera inaccesible, en una que ni siquiera pretendía discutir con nosotros.





A menudo chasqueaba sus dedos y se reía suavemente para sí mismo cuando lo oculto se manifestaba de manera muy absurda; después intercambiaba miradas cómplices con nuestro gato, quien, también iniciado en aquellos misterios, levantaba su cara cínica, fría y rayada, cerrando las rendijas inclinadas de sus ojos con un aire de aburrimiento e indiferencia.

A veces sucedía que, durante la comida, mi padre apartaba repentinamente su cuchillo y tenedor y, con la servilleta aún atada al cuello, se levantaba de la mesa con un movimiento felino, caminaba en puntillas hacia una habitación cercana y atisbaba a través de la cerradura con la mayor de las cautelas. Después, con una sonrisa tímida, regresaba a la mesa ligeramente avergonzado, murmurando y susurrando indistintamente a tono con el monólogo interior que lo ocupaba por completo.

Para proveerle cierta distracción y alejarlo de aquellas especulaciones morbosas, mi madre lo obligaba a dar un paseo por las tardes. Él la acompañaba en silencio, sin protestar pero también sin entusiasmo, distraído y ausente en espíritu. Cierta vez, incluso, partimos todos juntos al teatro.

Nos encontramos entonces en un salón enorme, sucio y mal iluminado, lleno de palabrería humana somnolienta y confusión sin rumbo. Pero mientras nos abríamos camino entre la gente, emergió ante nosotros una enorme cortina azulada, como el cielo de otro firmamento. Máscaras gran-





des, pintadas de rosado y de mejillas hinchadas flotaban sobre una gran extensión de tela. El cielo artificial se esparcía en todas direcciones, hinchándose con el poderoso bufido del pathos y de los gestos grandiosos, con la atmósfera de aquel mundo ficticiamente iluminado creado en los andamiajes resonantes del escenario. El temblor navegando a través de la inmensa área del cielo, el respirar de la gran tela que hacía a las máscaras revivir y crecer, revelaban el carácter ilusorio de aquel firmamento, recreaban aquella vibración de realidad que, en momentos metafísicos, experimentamos como el destello de una revelación.

Las máscaras agitaban sus rojos párpados, sus labios coloridos susurraban sordamente, y comprendí que era inminente el momento en el que la tensión de este misterio alcanzaría su zenit, y los hinchados cielos de la cortina reventarían revelando eventos increíbles y deslumbrantes.

Pero no se me permitió atestiguar aquel evento, porque en el entretanto mi padre comenzó a revelar cierta ansiedad. Tanteaba todos sus bolsillos y, finalmente, declaró haber olvidado en casa una billetera con dinero y ciertos documentos de la mayor importancia.

Tras una corta conversación con mi madre, durante la cual la honestidad de Adela fue sometida a una rápida evaluación, se sugirió que yo partiera a casa a buscar la billetera. De acuerdo con mi madre, aún había tiempo suficiente antes de que el telón se levantara y, ligero de piernas como era yo, tenía chance de regresar a tiempo.





Salí a una noche de invierno iluminada por el resplandor del cielo. Era una de aquellas noches claras en las que el firmamento estrellado es tan ancho y se desparrama tan lejos, que parece estar dividido y quebrado en una masa de cielos separados, suficientes para abarcar un mes completo de noches de invierno, y que provee esferas pintadas y plateadas para cubrir todos los fenómenos, aventuras, ocurrencias y carnavales nocturnos.

Es extremadamente irreflexivo enviar a un joven muchacho con un recado urgente e importante hacia una noche como aquella, porque en su semioscuridad las calles se multiplican, se confunden y se intercambian. Allí se abren, en las profundidades de la ciudad, calles reflejadas, calles dobles, calles imaginarias. La imaginación de uno, hechizada y confundida, crea mapas ilusorios de distritos aparentemente conocidos, mapas en los cuales las calles tienen sus nombres y ubicaciones adecuadas, pero están provistas de configuraciones nuevas y ficticias por la inventiva incombustible de la noche. Las tentaciones que traen aquellas noches usualmente comienzan por el inocente deseo de tomar un atajo, de usar un camino más rápido pero menos familiar. Se levantan posibilidades atractivas de acortar una caminata complicada tomando una calle lateral jamás usada. Pero en esta ocasión, todo empezó diferente.

Habiendo caminado algunos pasos, me di cuenta de que no llevaba mi abrigo. Deseé regresar, pero finalmente





me pareció una pérdida de tiempo innecesaria, especialmente debido a que la noche no era fría; por el contrario, podían sentirse oleadas de un calor no correspondiente a la estación, como brisas de una noche primaveral. La nieve se reducía a una pelusa blanca, a un vellón inocuo que olía dulcemente a violetas. Copos blancos, idénticos, navegaban a través de un cielo en el que la luna se doblaba y triplicaba, mostrando todas sus fases y posiciones a la vez.

En aquella noche el cielo mostraba expuestas sus construcciones internas en muchas secciones que, como exhibiciones cuasi-anatómicas, representaban espirales y esquirlas de luz, el sólido verde pálido de la oscuridad, el plasma del espacio y el tejido de los suelos.

En una noche como esa era imposible caminar a lo largo de la calle Rampart, o por cualquiera otra de aquellas oscuras calles que son el anverso de los cuatro lados de la plaza del mercado, y no recordar que a aquella hora tardía las más extrañas y atractivas tiendas estaban a menudo abiertas, las tiendas que en días ordinarios uno tiende a ignorar. Yo solía llamarlas las tiendas de color canela, debido a los paneles oscuros en sus muros.

Estas tiendas nobles, abiertas a altas horas de la noche, han sido siempre objeto de mi más ardiente interés. Tenuemente iluminados, sus interiores oscuros y solemnes estaban impregnados del olor de la pintura, del barniz y el incienso; del aroma de países lejanos y raras mercancías. Podías encontrar en ellas luces de Bengala, cajitas





mágicas, sellos de países largamente olvidados, estampillas chinas, añil, calafonía del Malabar, huevos de insectos exóticos, cotorras, tucanes, salamandras y basiliscos vivos, raíces de mandrágora, juguetes mecánicos de Nürenberg, homúnculos en jarros, microscopios, binoculares y, especialmente, libros raros y extraños, viejos volúmenes llenos de grabados asombrosos y maravillosas historias.

Recuerdo a aquellos viejos, dignos mercaderes que servían a sus clientes con los ojos bajos, en un discreto silencio, llenos de sabiduría y tolerancia por los caprichos de sus compradores. Pero lo que más recuerdo es cierta librería en donde alguna vez me fijé en ciertos panfletos raros y prohibidos, las publicaciones de sociedades secretas que levantaban el velo a misterios desconocidos y tentadores.

Tan rara vez tenía yo la ocasión de visitar estas tiendas –especialmente con una pequeña, pero suficiente cantidad de dinero en mi bolsillo– que no podía dejar ir la oportunidad que se me presentaba ahora, a pesar de la importante misión que se me había encomendado.

De acuerdo a mis cálculos, debía doblar por un callejón estrecho y atravesar dos o tres calles laterales para alcanzar la avenida de las tiendas nocturnas. Esto me llevaría incluso más lejos de casa pero, acortando por la calle de las saleras, podría recuperar el tiempo perdido.

Con alas prestadas por mi deseo de visitar las tiendas de color canela, viré por una calle conocida más corriendo que caminando, ansioso por no perder mi camino. Atra-







vesé tres o cuatro calles, pero sin encontrar señal de la esquina que yo buscaba. Más aún, la apariencia de esta calle era distinta a lo que yo esperaba. Tampoco se veía señal de las tiendas. Era una calle de casas sin puerta, cuyas ventanas, rigurosamente cerradas, eran ciegas a la luna reflejada. Por el otro lado de aquellas casas, pensé, debe de pasar el corredor desde el que eran accesibles. Yo caminaba ahora más rápido, bastante perturbado, comenzando a abandonar la idea de visitar las tiendas de color canela. Todo lo que deseaba ahora era salir rápido de ahí, hacia alguna parte de la ciudad que conociera mejor. Alcancé el final de la calle, ignorante de adónde me llevaría. Me encontré en una avenida ancha, escasamente edificada, muy larga y recta. Sentí en mí el respiro del espacio abierto. Cerca del pavimento, o en medio de sus jardines, se levantaban chalets pintorescos, las casas privadas de los ricos. En los espacios entre ellas había parques y muros de frutales. Toda el área se asemejaba a la calle Lesznianska, en su parte más baja y menos visitada. La luz de luna se filtraba a través de mil nubes emplumadas, como escamas de plata en el cielo. Estaba claro y brillante como a pleno día –sólo los parques y jardines se veían negros entre aquel paisaje plateado.

Mirando más atentamente uno de los edificios, descubrí la parte trasera de la escuela, la que nunca había visto desde aquel ángulo. Me acerqué a la puerta que, para mi sorpresa, estaba abierta. El salón de la entrada





estaba iluminado. Entré, y me encontré sobre la alfombra roja del pasillo. Deseé ser capaz de escabullirme sin ser observado y salir así por la puerta principal, tomando así un atajo espléndido.

Recordé que, a aquella hora, podía estarse impartiendo en la sala del profesor Arendt una de aquellas clases voluntarias que en invierno siempre se dictaban a fines de la tarde, a las que nos atropellábamos iluminados por el entusiasmo por el arte que aquel excelente profesor despertaba en nosotros.

Siempre había grupos de pupilos industriosos perdidos en aquel salón, sobre cuyos muros irrumpían abruptamente las enormes sombras de nuestras cabezas, arrojadas por la luz de dos pequeñas velas instaladas en botellas.

En verdad no dibujábamos demasiado durante estas clases, y el profesor no era demasiado riguroso. Algunos chicos traían almohadones desde sus casas y se extendían sobre los bancos para una pequeña siesta. Sólo los más diligentes de nosotros nos reuníamos alrededor de la vela, en el círculo dorado de la luz.

Usualmente debíamos esperar por largo rato la llegada del profesor, llenando el tiempo con una conversación somnolienta. Finalmente la puerta se abría, y él entraba, bajo, barbudo, dado a las sonrisas esotéricas y a los silencios discretos, exudando un aroma a secreto. Cerraba la puerta de su estudio cuidadosamente tras de sí; a través de ella, y por un breve instante, podíamos ver sobre su cabeza





un enjambre de sombras de yeso, los fragmentos clásicos de los sufrientes Niobides, Danaides y Tantalides, el Olimpo, triste y estéril, marchitándose por años en aquel museo de figuras moldeadas. La luz en aquella habitación era opaca incluso a pleno día, densa por los sueños de las cabezas de escayola, por sus miradas vacías, perfiles empolvados y meditaciones disolviéndose en la nada. Nos gustaba escuchar, a veces, en frente de esa puerta, escuchar el silencio cargado de los suspiros y susurros de aquellos dioses desmoronados, marchitándose en el aburrimiento y en la monotonía de su ocaso.

El profesor caminaba con gran dignidad y unción a través de los bancos semivacíos en los que, en pequeños grupos, dibujábamos en medio de los reflejos grises de una noche de invierno. Todo era calmo y acogedor. Algunos de mis compañeros estaban dormidos. Las velas ardían bajas en sus botellas. El profesor hurgaba en un profundo librero, lleno de folios viejos, grabados pasados de moda, xilografías e impresiones. Nos mostraba, con ademanes esotéricos, viejas litografías de paisajes nocturnos, de macizos de árboles bajo la luz de la luna, de avenidas atravesando parques invernales, con sus contornos negros sobre un fondo claro iluminado.

En medio del hablar somnoliento, el tiempo pasaba inadvertido. Corría de manera desigual, como si hiciese nudos en el callejón de las horas, tragándose en el entretanto períodos enteros, vacíos. Sin transición, nues-





tra pandilla se encontraba en camino de regreso a casa bien pasada la medianoche, por el sendero a través del jardín cubierto de nieve, flanqueados por el seco, negro matorral de arbustos. Caminábamos a lo largo de aquella corona velluda de oscuridad, cepillándonos contra los matorrales afelpados, cuyas ramas inferiores chasqueaban bajo nuestros pies en la noche brillante, en aquella luminosidad falsa, lechosa. El blanco difuso filtrado por la nieve, por el aire claro, por el espacio espeso, era como el papel gris de un grabado en donde los enmarañados arbustos correspondían a las líneas negras, profundas de la decoración de los contornos. La noche copiaba ahora, a aquella hora tardía, los paisajes nocturnos de los grabados del profesor Arendt, promulgando una vez más sus fantasías.

En los negros matorrales del parque, en el abrigo velludo de los arbustos, en la masa de palos crujientes, había rincones, nidos del más profundo negror esponjoso, llenos de confusión, gestos secretos, miradas intrigantes. Allí estaba cálido y calmo. Nos sentábamos en la nieve sobre nuestros pesados abrigos, quebrando las avellanas que abundaban en aquel invierno con aires primaverales. En el bosquecillo las comadreas merodeaban en silencio, los peludos hurones y martas, animales elongados husmeando sobre sus patas cortas, oliendo a piel de cordero. Nosotros sospechábamos que entre ellos merodeaban las muestras que estaban en las vitrinas de la escuela que, aunque





disecadas y despellejadas, sentían en sus entrañas vacías, en aquella noche blanca, la voz del instinto eterno, el impulso del apareamiento, y regresaban a los matorrales por breves instantes de vida ilusoria.

Pero lentamente, la fosforescencia de aquella nieve primaveral se volvía opaca; se desvanecía, dando lugar a una oscuridad gruesa que precedía al alba. Algunos de nosotros nos dormíamos en la nieve cálida, otros caminaban a tientas hacia las puertas de sus casas, y avanzaban ciegamente entremedio del dormir de sus padres y hermanos, hacia un continuo de ronquidos profundos que los envolvía en su regreso tardío.

Estas sesiones de dibujo nocturnas abrazaban para mí un secreto encanto, por lo que no podía ahora dejar ir la oportunidad de atisbar por un momento la sala de arte. Decidí, sin embargo, que no me detendría por más de un instante. Pero mientras subía por las escaleras traseras, con su madera de cedro resonando bajo mis pasos, me di cuenta de que estaba en un ala de la escuela completamente desconocida para mí.

Ni siquiera un murmullo interrumpía el solemne silencio. Los pasillos eran más anchos en esta ala, cubiertos por una gruesa alfombra de la mayor elegancia. Pequeñas lámparas de un resplandor oscuro colgaban en cada esquina. Traspasando las primeras de éstas, me encontré ante un salón aún más ancho y suntuoso. En uno de sus muros había una arcada de cristal que guiaba hacia el interior de





un apartamento. Pude ver una larga hilera de habitaciones amobladas con gran magnificencia.

Mis ojos vagaban a través de colgantes de seda, espejos dorados, costosos muebles y candelabros de cristal, hacia la suavidad aterciopelada de los interiores lujosos resplandecientes de luces, hacia las guirnaldas entretejidas y las flores en ciernes. La profunda tranquilidad de aquellas habitaciones vacías estaba llena de miradas secretas que intercambiaban los espejos, y el pánico de los frisos corriendo alto a lo largo de los muros y desapareciendo en el estuco de los techos blancos.

Me enfrenté a toda aquella magnificencia con admiración y sobrecogimiento, adivinando que mi escapada nocturna me había llevado inesperadamente al ala del director, a su apartamento privado. Allí me detuve con el corazón inquieto, enraizado por la curiosidad, preparado para escapar ante el ruido más ligero. ¿Cómo podría justificar, de ser sorprendido, aquella visita nocturna, aquella imprudente intromisión? En alguno de aquellos sillones profundos y lujosos podría estar sentada, quieta e inadvertida, la hija menor del director. Podría elevar su mirada hacia la mía, con sus ojos negros, tranquilos y sibilinos, con una mirada que nadie podría resistir. Pero retroceder a medio camino, no habiendo llevado a cabo mi plan, hubiera sido cobardía; además, un profundo silencio reinaba sobre aquellos interiores magníficos, iluminados por la luz brumosa de una hora indefinida. A través de las arca-





das del pasillo, vi en el extremo lejano del salón una gran puerta de cristal que llevaba a la terraza. Estaba todo tan tranquilo que me sentí repentinamente envalentonado. No me pareció tan riesgoso bajar los cortos peldaños que llevaban al nivel del salón, apurar mis pasos a través de aquella enorme y costosa alfombra y alcanzar la terraza, desde la que podría regresar sin mayor dificultad a alguna calle familiar.

Y eso fue lo que hice. Cuando me encontré sobre el suelo del parque, bajo las palmas artificiales que alcanzaban los frisos del techo, me di cuenta de que estaba en terreno neutral, porque aquel salón no tenía muro de frente. Era una clase de enorme logia, conectada por algunos escalones a una plaza de la ciudad, a una parte cerrada de la plaza, puesto que algunos muebles de jardín yacían directamente sobre el pavimento. Bajé rápidamente por los peldaños de piedra y me encontré una vez más a la altura de la calle.

Las constelaciones colgaban vertiginosamente en el cielo, todas las estrellas se habían dado una media vuelta, pero la luna, enterrada bajo un plumón de nubes, iluminándolo con su presencia furtiva, parecía tener ante ella un viaje interminable y, absorbida en sus complicados trámites celestiales, no parecía pensar en el alba.

Unos pocos carruajes se entreveían en la oscuridad de la calle, semiquebrados y livianamente articulados como cucarachas o cangrejos tullidos, adormilados. Un cochero





se inclinó hacia mí desde su cubículo. Tenía un pequeño rostro, rojo y amable. “¿Debemos partir, maestro?”, preguntó. El carro sacudió todas las ligas y articulaciones de su cuerpo de muchos miembros y emprendió la marcha sobre sus livianas ruedas.

¿Pero quién podía confiarse en una noche como aquella a los caprichos de un carro impredecible? Entre el chasqueo de los ejes, entre el chocar de la caja y el techo, no pude acordar con él mi destino. El cochero asentía indulgentemente a todo lo que yo decía y canturreaba para sí mismo. Condujo en círculos alrededor de la ciudad.

Frente a un albergue yacía un grupo de colegas que agitaron amistosamente sus manos hacia él. Les respondió amablemente y, sin detener el carro arrojó las riendas sobre mis rodillas y saltó a reunirse con sus compañeros. El caballo, un animal de tiro sabio y viejo, miró a su alrededor con curiosidad e inició un trote monótono e irregular. Aquel caballo inspiraba confianza, parecía más listo que su conductor. Pero yo no podía guiarlo, por lo que debí entregarme a su voluntad. Enfilamos hacia una calle en los suburbios, flanqueada a ambos lados por jardines. A medida que avanzábamos los jardines se convertían lentamente en parques de altos árboles, y luego los parques se transformaban en bosques.

Nunca olvidaré aquel paseo luminoso bajo la más brillante de las noches de invierno. El mapa colorido de los cielos se expandía como un gigantesco domo sobre el que







se vislumbraban países fantásticos, océanos y mares marcados por las líneas de las corrientes y remolinos estelares, con las estrías brillantes de una geografía celestial. Él se volvió liviano a la respiración y tintineaba como una malla de plata. Podían olerse las violetas. Desde debajo de la piel lanuda de la nieve, anémonas vibrantes aparecían con una mancha de luz de luna en cada copa delicada. El bosque entero parecía estar iluminado por miles de luces y por las estrellas que caían en abundancia desde el cielo de diciembre. El aire pulsaba con una primavera secreta, con la pureza sin par de la nieve y las violetas. Entramos en un paisaje accidentado. Las hileras de colinas, erizadas por las púas desnudas de los árboles, se elevaban como suspiros de euforia. Pude ver en aquellos montes grupos de peregrinos reuniendo entre el musgo y los arbustos las estrellas caídas, ahora mojadas por la nieve. El camino se hizo abrupto, el caballo resbalaba y empujaba el carro chirriante con esfuerzo. Yo estaba feliz. Mis pulmones se empapaban de la primavera gozosa en el aire, de la frescura de la nieve y de las estrellas. Ante el pecho del caballo la muralla de nieve blanca se elevaba más y más alta, y el animal apenas podía vadear a través de aquella masa pura y fresca. Finalmente nos detuvimos. Me bajé del carro. El caballo jadeaba, colgando su cabeza. Apoyé su cabeza contra mi pecho y vi lágrimas en sus ojos grandes. Noté una herida negra y redonda en su vientre. “¿Por qué no me lo dijiste?”, susurré, llorando. “Querido mío, lo hice por ti”,





dijo el caballo y se volvió muy pequeño, como un juguete de madera. Lo dejé y me sentí maravillosamente liviano y feliz. Me preguntaba sobre si esperar el pequeño tren local que pasaba por allí o caminar de regreso a la ciudad. Inicié mi descenso por un sendero abrupto que serpenteaba en medio del bosque; primero a un paso liviano y elástico, pasando más tarde a un correr alegre y enérgico parecido a un descenso deslizante sobre esquíes. Podía regular mi velocidad a voluntad y cambiar de curso mediante ligeros movimientos de mi cuerpo.

En las afueras de la ciudad frené mi marcha triunfal y la cambié por un caminar sedado. La luna aún vagaba en las alturas. Las transformaciones del cielo, la metamorfosis de sus domos múltiples y las más complicadas configuraciones eran infinitas. Como un astrolabio de plata en el cielo revelaba en aquella noche mágica su mecanismo interno, y mostraba su evolución infinita en la matemática de sus ruedas y ejes.

En la plaza del mercado me encontré con gente que disfrutaba de una caminata. Todos ellos, asombrados por el despliegue de aquella noche, andaban con sus rostros hacia el cielo. Dejé de preocuparme por completo de la billetera. Mi padre, absorbido por sus manías, probablemente había olvidado ahora su pérdida y, en lo que se refiere a mi madre, no me preocupaba en absoluto.

En aquella noche, única en el año, uno tiene pensamientos e inspiraciones felices, uno se siente tocado por el





dedo divino de la poesía. Lleno de ideas y proyectos, quería caminar a casa, pero me encontré con algunos compañeros de la escuela que llevaban libros bajo sus brazos. Ellos ya iban camino a las clases. Habían sido despertados por el resplandor de aquella noche que no terminaría.

Caminamos juntos a lo largo de aquella calle abruptamente empinada, invadidos por la esencia de las violetas, sin saber si era la magia de la noche lo que yacía como plata en la nieve, o la luz del alba.

